

LA CALLE: MERCADOS AMBULANTES, INDIGENCIA Y DE SUS ARQUITECTURAS EFÍMERAS

Alejandro García García*

Introducción¹

PARA la arquitectura, para el urbanismo, la responsabilidad de planear, diseñar o construir para la dinámica de crecimiento actual de las ciudades, está vinculada directamente con las formas en las que el espacio y los lugares efectivamente son usados. Y es necesario hoy más que nunca, desde nuestro punto de vista, reflexionar sobre el papel de las calles en la ciudad y sobre aquellas prácticas de arquitectura efímera que en ella se generan. Como sabemos, en realidad todo producto arquitectónico es efímero, nada hay que no se encuentre sujeto a la dinámica temporal y a las circunstancias históricas, unas tan letales como la guerra, que hacen de toda edificación un montón de ruinas en unos momentos.

Entre las posiciones extremas en cuanto al papel de la arquitectura en la vida humana, estaríamos aquí más en la línea de

* Sociólogo, Maestro en Psicología Social, Doctor en Antropología, Profesor y Coordinador del Doctorado en Filosofía con orientaciones en Arquitectura y Asuntos Urbanos de la UANL. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, Nivel 1.

¹ Esta es la segunda parte de un trabajo más extenso cuya primera parte está publicada en la revista ASINEA (Asociación de Instituciones de Enseñanza de la Arquitectura en la República Mexicana), en su número de noviembre de 2005.

entenderla como acto vital universal, sean cuáles sean las condiciones del medio y el grado de evolución tecnológica. Nuestra abierta postura respecto al concepto de arquitectura parte de una de las limitaciones que Nold Egenter encuentra en la teoría arquitectónica contemporánea: «...sus esquemas se basan en una historia del arte, bajo un enfoque eurocéntrico» (Amerlinck, 1995:72) y donde las expresiones vernáculas o efímeras no tienen cabida.

Hablamos aquí de una arquitectura efímera realizada por no arquitectos, aunque sabemos de propuestas desarmables y desechables de grandes arquitectos como, por ejemplo, las de Lilly Reich y Mies van der Rohe en Stuttgart en 1922 o de Le Corbusier con su desmontable pabellón Nestlé en 1928, en la Exposición Internacional de ese año (García-Abril, 2004:1)

Y En el otro extremo de esta práctica, se encuentra la existencia de grupos indígenas, como los Nukak Makú de Colombia, estudiados por la arquitecta Elizabeth Clavijo, que construyen alrededor de 180 campamentos temporales al año «...con estética envidiable sin descuidar conceptos básicos como dimensión, forma, función, luz o color. Máximo están 20 días en el mismo sitio... su proceso de construcción no tarda más de tres horas... la idea es devolver a la selva parte de su capa vegetal... la idea es no volver a estar en campamentos abandonados.» (Mendivelso, 2005:3)

Insistimos en que el urbanismo y la arquitectura, no pueden dejar de abordar lo que pasa en las calles de las ciudades en la medida en la que la importancia de la transportación de personas y bienes ha propiciado la creación, ampliación o restauración de antiguos caminos y nuevas avenidas y con ello una serie de fenómenos colaterales muy importantes. Además de ser la plataforma privilegiada para la transportación vehicular y de transeúntes en las ciudades, la vía pública presenta posibilidades

de vida a millones de personas, cuyo centro de trabajo no es otro sino la calle y las banquetas.

La comprensión de la riqueza de estos ambientes, implica acercarse a una concepción de la investigación urbana, que intente desmadejar ámbitos concretos de la ciudad, atravesando las disciplinas aisladas para generar estrategias que permitan ir más allá de las formas ya previstas para el análisis y aporten nuevos objetos de estudio, nuevos enfoques y con ello la necesidad de crear nuevos métodos y técnicas de investigación.

La calle

Nos referiremos en este apartado a la calle, concretamente como escenario de prácticas posibles de lo que bien podríamos llamar arquitecturas efímeras, aunque sabemos de las muy variadas perspectivas que pueden hacerse de este espacio social, a partir de su condición abierta a las más diversas circunstancias sociales. Intentamos encontrar esa faceta que les permite abrirse al paso permanente de la gente y al mismo tiempo llegar a ser hogar para alguna de ella.

Ciertamente las calles son sitios de tránsito pero para algunos constituyen un espacio propio, de trabajo y de vida: los vendedores ambulantes, los agentes de tránsito, los vendedores de periódico, dementes, ancianos abandonados, limpia parabrisas, mendigos, etc. Como ejemplo extremo en este sentido, está el viejo auto detenido desde hace casi 20 años en una de las calles de la ciudad de México, es el lugar de habitación del señor X, su residencia, luego de que el sismo de 1985 le quitara a su familia y su casa de un solo golpe, ha convertido un espacio de la calle en su espacio vital sustituto.

El turista, el que va de paso, se queda con una idea de la ciudad a partir del recorrido realizado por algunas de las calles céntricas, en donde los gobiernos locales intentan mostrar la mejor cara pública de la ciudad. Sin embargo, hay rostros de esta

ciudad que pretenden ser escondidos de estas miradas, realidades turbias que —desde el punto de vista de las autoridades—, deben ser atendidas como problemas, casi siempre desde una perspectiva represiva.

La calle es el acceso, la entrada y salida de los sitios a los que lleva el itinerario de las personas que se desplazan en vehículos de todo tipo o a pie para llegar. Las calles son el elemento que genera la estructura la propuesta «cuadrada» de la ciudad moderna, heredada desde la época de la conquista española. Aunque en algunos sitios del México prehispánico ya existían las calles organizadas en forma de retícula, las proporciones cambiaron con este decreto emitido por la corona española.

Aunque la calle sustituye en muchas ocasiones al viejo camino rural, otras muchas han cruzado —y con ello dividido— zonas con una identidad micro regional que a partir de este hecho se han visto deterioradas, al acabar la vida grupal anterior y las formas tradicionales de interacción social ligadas al vínculo territorial. Ejemplos de estas formas de construcción de la identidad grupal son las peregrinaciones en honor a santos locales, la interacción generada por los mercados ambulantes, los itinerarios a pie de los habitantes de la tercera edad, etc. Los llamados «ejes viales» en el Distrito Federal en México son un ejemplo claro de cómo estas avenidas, rompieron la interacción entre zonas interdependientes históricamente, dueñas de un interés intergeneracional por re-crear ancestrales ritos fundacionales. La obra arquitectónica, académica o popular, se inserta en un contexto específico, la vida urbana, la cual está —perceptivamente hablando—, concentrada en los solares que dan a la calle, como un lugar privilegiado por su contacto con el exterior.

Las calles de la ciudad tienen generalmente un cierto «carácter», que puede ser comercial, residencial, de tránsito rápido, etc., los estilos, la función de los edificios, la cantidad de

ruido, irán aportando este carácter que llega a ser conocido a veces incluso por toda una ciudad. La calle donde se propone una nueva edificación ya posee por tanto una cierta «personalidad» y ésta debe ser una más de las variables que el arquitecto deberá tomar en cuenta al momento de elaborar su propuesta, pues su proyecto no debe ser aislado del macro y micro contexto en el que se ubicará. Las personas de la «cuadra», tienen por esta demarcación territorial una cierta identidad como grupo, frente a los de las «otras» cuadras. Los barrios serían una composición con un carácter cultural que se deriva de las formas de integración territorial que conforman sus calles.

En México, las banquetas, o sea las zonas laterales de tránsito de los peatones en las calles, toman las formas más inesperadas. La retorcida tubería de los medidores de gas y agua por ejemplo aplican a manera de blasones circunstanciales, pero que a la larga serán aceptados y generalmente resemantizados por los habitantes de la vivienda y la gente del barrio. Además de escalones, rampas de cocheras, diversos tipos de piso y acabado, etc.

Casi toda obra arquitectónica está orillada a responder en algún sentido a la calle, pues inevitablemente debe haber una entrada-salida de la edificación de la vida privada a la vida pública. En general, en las calles se concentra la vida pública frente a la vida privada que se ubica en la vivienda. La calle es el sitio desde el cual el individuo se desplaza y observa la serie de construcciones que la flanquean, sus fachadas son integradas en una mirada en perspectiva en un todo territorial percibido por el sujeto.

Como ya señalábamos, en el barrio la calle funciona como espacio integrador, como secuencia espacio-temporal que permite la interacción entre vecinos, entre las personas que pasan, y es también el espacio del comercio informal, de los mercados ambulantes, así como el ámbito de «vida» del indigente errante,

que durante el día transita avenidas o callejones, desde los cuales tiene acceso a edificios o casas abandonados, lotes baldíos, lugares en donde «levanta» un hogar temporal.

Finalmente, hay que decir en este momento histórico, las calles son pensadas cada vez más en función de los automóviles y menos para los transeúntes. Las calles viven transformaciones a lo largo del día, de la semana, el mes, las estaciones y los años; pero, al mismo tiempo que hay ciclos recurrentes, hay sucesos extraordinarios: se cierra para hacer una kermés o festejos cívicos o religiosos, también puede ser cancha de fútbol y de todos los juegos infantiles callejeros posibles, ahí se realizan los desfiles, las marchas de corte político, etc. Por otro lado, la calle de noche, especialmente en las grandes ciudades, es muchas de las veces el escenario del robo, del asalto, del secuestro y del asesinato, lugar para la prostitución, la distribución de drogas, en resumen, de lo lícito y lo ilícito.

Los mercados ambulantes como arquitecturas efímeras

El mercado informal, en las calles, ha crecido de manera vertiginosa en los últimos años, lo que significa que los planteamientos aquí desarrollados aplican para una cantidad de población que crece día con día. La situación es compleja pues el ambulante es producto directo del desempleo, con esta respuesta social se fomenta en alguna medida la llamada cultura de la ilegalidad y, por supuesto, la manipulación política de los comerciantes.

Para dimensionar cuantitativamente el fenómeno del ambulante en México señalemos que «...en la actualidad la Secretaría de Hacienda reconoce que hay 2.3 millones de micro negocios (63% del total) que no están registrados y dan empleo a 29% de la población ocupada, es decir, a 9.3 millones de personas.... Sin embargo, cálculos independientes indican que el

número de micro negocios no registrados podría ser de 6.6 millones empleando hasta al 47% de la PEA.» (SIPSE, 2003:1).

El evento es una repetición que con unas u otras características se ha presentado desde hace milenios en uno u otro lugar en la historia humana: el comercio de mercancías. Pretexto también para intercambiar «señales» nuevas, viejas y nuevos símbolos del constante cambio cultural: música, vestimenta, alimentación, etc. Como sabemos, el comercio informal ha existido en nuestro país desde antes de la llegada de los españoles «...prácticamente toda la vida mercantil del México prehispánico funcionaba a través del «tianguizco» -tianguis- nombre con el que se conocía a plazas y mercados.» (CANACO)

En la zona metropolitana de la ciudad de Monterrey los llamados mercados «sobre ruedas», por su traslado constante a uno u otro sitio de la ciudad cada día de la semana, van por distintas calles de la ciudad armando y desarmando herrajes y toldos, lugares de venta y vida de las personas, son una práctica de arquitectura efímera constante en las calles.

El ciclo de vida del mercado inicia muy temprano por la mañana, carros y camionetas confluyen para dejar mercancías y materiales para la construcción de las carpas de cada vendedor. Las personas, la *clientela* también llega desde temprano a comer y escoger la mejor fruta.

Desde mucho antes de entrar en el «labyrinth» de puestos, se escuchan los pregones de los comerciantes, que llaman a gritos a comprar: «muy bueno el tomate, muy bueno el tomate, pásele güerita, pásele», «ándele primo, por aquí hay, por aquí hay», etc.). En este, como en otros mercados, existe un trato especial para los *marchantes*, o sea aquel cliente habitual de un comerciante, quien recibe eventualmente su *pilón* (un poco más de la cantidad indicada), en función de su fidelidad dominical (De Certeau 1999:111).

Los mercados se levantan los sábados y domingos principalmente, pues contienen en mucho el sentido de una actividad de distracción familiar realizada en su tiempo libre (De Certeau, 1999:110). De hecho se ven por aquí y por allá parejas con bebés en brazos o niños muy pequeños cargados o llevados en carriolas. La gente no tiene prisa, de hecho muchas mujeres de todas edades se detienen por largos ratos a jugar lotería, estos puestos llegan a ocupar el tamaño de cuatro puestos normales. Este «juego» es muy importante para las amas de casa, pues son una oportunidad de completar la despensa comprada, pues los premios consisten centralmente en productos de la canasta básica de alimentos.

Los comerciantes de los mercados ambulantes tienen la posibilidad de ser versátiles en sus ventas, aprovechan las distintas épocas del año para vender determinados productos dependiendo de sí se encuentra cerca la Navidad, la Semana Santa, el Día de las Madres, etc., transformación que para el comercio establecido es más difícil o imposible por su ya definido giro comercial.

Esta actividad comercial masiva, informal, posibilita las más diversas alternativas de compra con precios bajos y a los habitantes cercanos les evita traslados, además de propiciar el encuentro entre jóvenes y la interacción con otras personas del mismo barrio o barrios cercanos.

Tenemos una arquitectura, pues existe el cobijo material para lograr un conjunto determinado de «haceres», un ambiente donde las personas reconstruyen cada semana un itinerario. Allí se intensifica la expresión de nuevas modas, música, ropa, accesorios, bienes actualizados de la cultura de masas. Aquí hay comida, venta de fruta, carne, plantas.

Aquí las mercancías de origen rural se mezclan con aquellas importadas de Estados Unidos y ligadas a la «última» moda, cosméticos y alimentos enlatados de origen

estadounidense, la venta de fruta junto al puesto donde se venden discos *piratas*, recipientes de plástico, herramientas, juguetes, bebidas tradicionales como el tepache o las rusas junto la *coca cola light*, ropa nueva y usada, libros y revistas viejos y un largo etcétera una conjunción de objetos de tan diverso origen y con tan distintas finalidades, que crea un ambiente posmoderno donde los consumidores encuentran toda esa diversidad de artículos a lo largo de una sola calle.

En uno de los mercados observados sistemáticamente, los «puestos» levantados por los vendedores ocupan más de seis cuadras, en una avenida suficientemente amplia como para tener dos pasillos centrales, así que hay tres filas de negocios, que colocan durante el día armazones que forman estructuras cuadrangulares con rejas metálicas y toldos de plástico —diseñados con anterioridad—, conformando en conjunto «el» mercado, ese todo que es más que la suma de las partes.

Estos ambientes, producto de la práctica de una arquitectura efímera, permiten que las actividades de las personas no sólo tengan que ver con vender o comprar mercancías. El investigador puede encontrar en la dinámica de trabajo de los comerciantes formas específicas de convivencia familiar, por ejemplo, los negocios manejados por estos grupos asumen responsabilidades de trabajo compartido y esto va añadiendo a sus puestos, a sus herrajes y toldos de plástico, una carga valorativa, que toca las motivaciones vitales de las familias.

En la medida en la que muchos de los negocios son manejados por grupos familiares, es común que los hijos mayores —que trabajan ya o son estudiantes universitarios—, lleguen muy temprano por la mañana para ayudar a bajar del vehículo la mercancía que se ofrecerá, construir el puesto con los herrajes que deben acoplarse entre sí, luego amarrar con cuerdas los toldos, colocar las mesas y sillas y sacar con cuidado la mercancía de las cajas, de manera que pueda ser organizada para su venta.

Estos miembros de la familia generalmente no se encuentran durante el trabajo de venta, pero participan en las tareas más duras, físicamente hablando. Mariño menciona, por ejemplo: «Virginia tiene 7 hijos. El mayor tiene 25 años. Los pequeños estudian y cuando tienen tiempo la ayudan con el trabajo de la plaza (vender, traer el mercado o arreglarlo). Como sus hijos son mayores de 7 años, en lugar de ser una carga pesada para ella, la ayudan.» (1994:105).

Cuando hay suficientes miembros de la familia colaborando, se puede ver a los más pequeños dormidos improvisando el diablito de carga, colocándolo horizontalmente con cartón y trapos se tiene un catre temporal, sólo para una siesta. Son frecuentes los porta bebés colocados sobre el pavimento —que hace las veces de piso—, donde los niños pequeños ignoran —al menos conscientemente—, el contexto masivo en el que se da la relación afectiva con su familia.

Aunque se aclara que «...la estrategia no sólo se estructura alrededor de la familia nuclear; también lo hace a través de redes de compadrazgo y de familia extensa.» (Mariño, 1994:139). En este sentido podemos señalar una la solidaridad casi inevitable entre los comerciantes vecinos, concretamente por la necesidad eventual de cambio o por tener que solicitarles vigilen su local mientras deben ir al baño.

Por otra parte hay que destacar que efectivamente, «Los más pequeños (hijos o nietos) también permanecen en la plaza como lo demuestra la existencia de cunas y corralitos» (Mariño, 1994:139). Y a veces en improvisados *tendidos* los niños juegan o duermen, olvidando el contexto de ruido y actividad que los rodea. Una muchacha de 15 ó 16 años, me vende unas agujetas mientras una bebé en sus brazos se le encarama y golpeándola suavemente con sus manos en la cara, le demanda atención, la compra ha interrumpido el contacto afectivo que la pequeña solicita, una relación emocional donde el micro contexto de

mercado es básicamente un marco de actividad secundario y la venta una circunstancia que de ninguna manera excluye otras vivencias y que incluso las propicia.

Ciertamente, la dinámica del mercado tiene un carácter festivo, es en muchas de las ocasiones la única manera de salir del espacio doméstico para las personas de todas edades, que llegan caminando y obtienen un poco de distracción incluso sin llevar mucho dinero. Para Mariño efectivamente el mercado: «...es desorden, abigarramiento, heterogeneidad de trabajos y a la vez un poco de fiesta» (1994:112). Este carácter festivo es especialmente generado por los puestos con venta de música que, con un alto volumen en sus grabadoras, prueban a los consumidores sus productos o simplemente llaman la atención de los paseantes con las más recientes «novedades», creando para el caminante consumidos cambiantes pasajes por estilos y gustos musicales contrastantes.

Hay que admitir, por otra parte, que la infraestructura general de los mercados ambulantes carece de muchos elementos indispensables cuando se trata de concentraciones masivas: servicios sanitarios suficientes y dignos, sistemas de seguridad contra incendios o supervisión sanitaria para evitar problemas de salud de algún consumidor o vendedor, limpieza permanente, etc. Sin embargo, estas carencias en la infraestructura son compensadas por los precios más bajos con los que se ofertan las mercancías.

Es interesante reconocer que sucede a la hora de la comida, cómo reseña Mariño, una casi suspensión de la actividad de venta. Un consumidor entrevistado por él dice: «Y cuando es a comer, es a comer; no le ponen atención a la venta.» (1994:103). Ciertamente, si el proceso de compra-venta interrumpe al comerciante mientras comía, éste es rápido y frío, hay una molestia implícita de por lo inoportuno de la solicitud de venta.